

también de gente, y al llegar á la otra me recibió dándome en las narices un olor desagradable que me recordó á Núñez y á Herrera y Cairo, el olor del cloroformo.

¡Qué espectáculo! A la luz de unos mecheros de manteca se veían muchos hombres con mandiles que daban órdenes á varios mozos y á unas mujeres de gorras blancas, que andaban en aquella semiobscuridad.

— Este por aquí, hermanita; es de los de la conserva y puede pelearse con el chinacate que está al lado. ¿Ya espichó? Pues afuera, que nos falta lugar...

— No hay cuidado, señor coronel. ¿No más eso es?... Pues con amputar las dos patitas su mércé queda listo.

— Bien cortada esa pierna, compañero; quizás debía de haber sido arriba de la articulación, pero no hay tiempo de perfiles. Ahora al muñón...

Al que decía estas cosas, que era un caballero simpático y atractivo, se le acercó un oficial y le dijo en voz alta:

— Doctorcito, sería bueno que se escaparan; los tagarnos van de huída y puede pasarles algo.

El médico se volvió á quien le hablaba, teniendo en la mano la sierra con que amputaba un pie al coronel que acababa de llegar.

— ¿Cómo marcharnos? repuso. ¿No ve usted que la vida de estos hombres depende de nuestros cuchillos? Sígame, amigo Covarrubias, que este señor oficial está

viendo visiones: no hay partido en el mundo que persiga á los médicos, y si lo hay, ¡cómo ha de ser!...

Y Covarrubias siguió aplicando á la nariz del herido una servilleta empapada en cloroformo.

El número de colchones tendidos en el suelo crecía á cada momento; ya no eran soldados liberales y conservadores; eran transeuntes que habían caído al disparo de una bala del cañón del destino. La pieza se llenaba de gentes y de lamentos, y los cinco médicos, los dos practicantes y las seis hermanas de la Caridad, no se daban abasto para atenderlos.

— ¡Jesús, Dios mío! decía uno que entregaba el alma. ¡Jesús me ayude!... ¡Jesús me ayude... Jesús me ayude!

— ¡Jesús le ayude... Jesús le ayude!... *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*, decía la hija de San Vicente con un crucifijo en la mano.

— Agua, hermanita; deme una poquita de agua.

Y el pobre bebía con ansia el contenido del jarro que le ofrecían.



— ¡Agua á mí, por el amor de Dios! gemía otro.

Y «agua», «agua» pedían todos á grandes voces.

— No creas, me dijo Juan, que éstos sean los únicos; en otras piezas tenemos más. Es un horror... ¡Qué heridas hacen estos malditos fusiles!... ¿Y la metralla?... ¡Ay, Juanito, convéncete de que la guerra es el mal más grande!... Esto destroza el alma.

Se retiró para oír á Rivero que le daba una orden.

— Muy bien, señor, ya entendí; reseca la costilla de arriba abajo... En seguida...

De repente se produjo gran estrépito: acicates golpeando el suelo, vainas de sable chocando contra las paredes, cornetas dando al aire dianas flamíferas; era el general en jefe que llegaba acompañado de su Estado mayor.

Recorrieron las tres piezas llenas de prisioneros y de heridos, y al volver á donde había yo quedado, oí que dijo Márquez:

— ¿De talento? ¿Tienen talento esos farsantes? Pues mejor; siendo así, hay que tratarlos con más energía; son alacranes con alas...

No tardó en entrar un carnicero, llamado Daza Argüelles, con media compañía de tropas. Levantaron á todo el mundo á culatazos y nos hicieron salir al patio.

— ¡A formar, bandidos! ¡á ver si como roncan duermen!

Los médicos quedaron en su sitio, esperando el resultado de lo que se anunciaba; no hubiera que curar más heridos ni que cortar más miembros.

Quedé junto á la puerta mientras se organizaban los cuadros.

Como la labor era mucha, había que abreviarla, y un verdugo genial pensó que varios fusilamientos simultáneos serían más breves y darían mejor efecto: así se veía lo que pasa en las catedrales cuando dicen varias misas los sacerdotes, que mientras uno de los oficiantes va en el introito, otro llega al evangelio y otro dice el *ite, missa est*; por esto, mientras en un cuadro se prevenía á uno, otro recibiría la descarga y otro daría las boqueadas.

Pero pronto llegó orden en contrario: no, no había por qué apresurarse; así acabaría en unos cuantos minutos un placer que podía prolongarse mucho tiempo; los manjares delicados se saborean poco á poco y sin precipitación.

¡Qué espectáculo el nuestro! Todos tiritábamos de frío, y quién envuelto en raído capote, quién en Mac Farland y sin zapatos, quién vestido con uniforme de oficial y tapado con frazada del Saltillo, mirábamos aquel crepúsculo que se despedía entre nubes de sangre, como si hasta el cielo hubiera ascendido la que se había derramado en la tierra.

Los pájaros, en lo alto de los árboles, piaban descon-

fiados, como buscando el nido de que los había alejado la maldad de los hombres.

El primero que llegó fué el general don Marcial Lazcano. Le seguían como veinte individuos entre oficiales y tropa, y corrían delante de él queriendo solazarse con el exquisito espectáculo que daría el maldito demagogo. Muchos habían sido subordinados de Lazcano y habían sido reprendidos por él; otros sabían que era un bravo y que moriría valientemente; había que verle á toda costa.

— Aquí viene el testarudo, decía uno.

— Para que vea lo que es juntarse con bandidos.

— A ver si ahora se arrepiente.

— Que lo venga á salvar el sacristán de Morelia.

El viejo guerrillero alzó la cabeza, que llevaba agachada, dejó de rezar la oración que mascullaba entre dientes, y volviéndose á los que le vejaban, dijo sereno:

— Señores, no hay cobardía ni bajeza más grandes que insultar á un muerto.

Le ordenaron que se volviera de espaldas para fusilarle como traidor, y contestó:

— ¡No soy traidor por defender la libertad de mi patria; sólo siento morir por mi familia, que vive de mi sueldo!

Pidió un vaso de agua, recibió la descarga y cayó al pie de un árbol.

Murieron después el coronel Jenaro Villagrán, que tenía una importantísima hoja de servicios por su bri-

llante comportamiento en tiempo de la invasión americana; el coronel Arteaga, escribano afiliado á la Guardia nacional, el capitán López y el teniente Sierra.

Creíamos que seguirían ejecuciones de militares, pero nos engañamos; á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores y fueron colocados en el patíbulo uno tras otro. Eran don Manuel Sánchez, don Gabriel Rivero, don Juan Duval, inglés de nación, don Alberto Abad y don Ildefonso Portugal.

Sánchez era el mismo diestro cirujano que acababa de decir que no huía porque su puesto estaba en el hospital; Rivero era el jefe de nuestro cuerpo médico; Duval era un hombre acomodado, caritativo y filántropo, que jamás recibía paga por sus servicios y que había ido á nuestras filas porque creyó ser útil á los desgraciados; Abad era un joven lleno de esperanzas, y Portugal, hombre de talento clarísimo, pertenecía á una distinguida familia de Morelia: era primo hermano de don Severo del Castillo, ministro de la Guerra en el gabinete de Miramón.

Juan Díaz Covarrubias y José María Sánchez, mis más antiguos y queridos amigos, también estaban entre los sentenciados.

Los médicos murieron tranquilos, vitoreando á la libertad, maldiciendo á sus verdugos y llenos de fe y esperanza.

Luego tocó el turno á los ayudantes, que estaban

reservados para su hora. Sánchez lloraba como un chiquillo recordando su hogar lejano, su madre amorosa, su carrera truncada; pero á la hora que tuvo que recibir las balas, se rehizo y murió como un valiente.

Juan Díaz Covarrubias era un niño, el bozo apenas le pintaba, el semblante era jovial y comunicativo; el cuerpo, mediano y bien proporcionado, ostentaba miembros atléticos; parecía nacido para vivir y luchar luengos y dichosos años; sólo la mirada era triste y honda, como si viniera de regiones lejanas.

Pidió mi amigo un confesor, pero le dijeron que no había tiempo. No hubo un solo sacerdote allí donde morían tantos hombres; todos estaban ocupados en preparar los turíbulos para incensar á Miramón y á Márquez.

Pidió Juan el permiso para despedirse de su hermano: le dijeron que no había tiempo.

Pidió papel y pluma para escribir á su familia: le dijeron que no había tiempo.

Echó el pobre una mirada en su derredor, encontró la mía que le buscaba, y me sonrió. Quizás mi semblante, un semblante amigo, le haya recordado que no moría solo y haya gozado ese lenitivo en su agonía.

Luego se colocó como le ordenaron y regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución. Los soldados lloraban sin atreverse á disparar; el oficial repitió las voces de mando, y sólo salieron dos tiros; uno hirió á Juan en una

pierna y otro en la caja del cuerpo; pareció que había muerto y así lo arrojaron en el montón de cadáveres.

El grupo de prisioneros había guardado silencio ante aquellas atrocidades; pero cuando vió que caía aquella cabeza privilegiada de poeta y de pensador, un murmullo sordo corrió por las filas de los que aguardábamos seguir la suerte del simpático jalapeño.

Nunca lo hubieran oído los asesinos; á culatazos primero y á bayonetazos después acallaron la protesta de los que casi ya no pertenecían á la comunión de los vivos.

Iban á seguir su tarea con los que estábamos presentes, cuando los verdugos llegaron conduciendo á un hombre de buena edad, guapo y simpático. Llevaba un saco ligero de alpaca y zapatillas de andar por casa; en efecto, se encontraba en Mixcoac, al lado de su mujer y sus hijos, cuando fué aprehendido el licenciado don Agustín Jáuregui.

De prisa se le fusiló, de prisa se le arrojó al montón de los cadáveres y de prisa se pasó á otro sentenciado.

Era Manuel Mateos, joven á quien tú conociste y estimaste por su hermoso talento, por su habilidad para manejar la pluma y por su noble y sincero entusiasmo en favor de la libertad. Hacía un año que había recibido el título de abogado, y unos cuantos meses que se había unido al ejército liberal. No hubo un cobarde entre todos los asesinados, pero menos lo fué Mateos. Dirigió la pa-

labra á los soldados diciendo que les perdonaba porque no sabían lo que hacían asesinando á los que les daban libertad; que deseaba que su sangre no fuera vengada; que la muerte no le aterraba; que aceptaba gustoso el sacrificio



de su vida si había de servir para implantar el orden y la libertad en su patria...

No pudo seguir; al oficial le pareció que aquello duraba demasiado, y levantó la espada para ordenar la descarga que acabó con el fogoso republicano.

Pero ya no podían los ejecutores entretenerse en perfiles, ni oír peroraciones, ni gastar complacencias con los moribundos. Ya era noche cerrada y había que terminar la labor.

... con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón ...



En montón se llevó á los paisanos Rodríguez, Esquivel, Chávez, Tellechea, Becerril, Vargas y López, y los italianos Kisser y Nervis, hasta completar *cincuenta y tres*.

Repentinamente la puerta se abrió y metieron á un pobre viejo claudicante y muerto de miedo; á empujones le sujetaron al pie de gallo y le fusilaron.

Largo rato batallé por recordar quién podía ser aquel desgraciado, pero no lo logré. Ya desesperaba, cuando un rayo de luz hirió mi memoria: era el viejo que guiando una pareja de bueyes tísicos se entretenía en sembrar su terrenito á la hora que caían las bombas á su alrededor.

Casos como éste los hubo á montones. Dos niños apellidados Smith, hijos de un caballero americano y de una señora mexicana, llegaron del interior para ingresar á un colegio de México. Como encontraron obstruído el camino, se detuvieron en Tacubaya, y con la curiosidad propia de sus años anduvieron recorriendo el terreno una vez pasada la acción.

El verlos alegres, bien vestidos, rubios, fueron motivos bastantes para llevarlos al Arzobispado y fusilarlos inhumanamente.

Un niño de diez años á quien su madre había puesto blusa roja para recrearse mirándole, discurría por las calles desde que cesó el fuego. Dos dragones de grandes barbas, llenos de cicatrices honrosas, acometieron una

hazaña que no dejará de anotarse en su hoja de servicios: hacer pedazos á lanzadas al inocente.

El coronel Bello miraba ya los fusiles listos á dispararse contra él, cuando se alzó como inspirado y gritó:

— ¡Alto! no disparen; tengo que hacer una revelación al General en jefe. Bajaron las armas los soldados, creyendo que iban á tener manera de añadir nuevas víctimas á las que llevaban hechas; pero Bello, empujando á dos de los carniceros, saltó una pared, cayó á un barranco y se escapó entre una granizada de balas.

Sólo quedábamos en el patio el profesor de gimnasia don Feliciano Chavarría, dos ingleses empleados en el ferrocarril y yo, cuando llegó á todo correr un ordenanza y entregó un pliego á Daza Argüelles. El malvado pareció espantarse, subió á caballo cayendo sobre la silla como un odre que se deshinchara, y partió rumbo á México.

Yo no pensaba, no calculaba, no sabía nada; ni hablaba ni escuchaba, ni me movía ni quería moverme. Uno de los ingleses daba vueltas en el espacio no ocupado por los cuerpos de los muertos, otro fumaba un habano; los matadores descansaban durmiendo ó aletargados. ¡No había sido floja la obra!

Y entretanto oía la voz de las hermanas que con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón:

«Librad, Señor, su alma de todos los peligros del infierno y de todo mal. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Enoch y á Elías de la muerte común á todos los hombres. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Noé del Diluvio. Amén.

»Librad, Señor, su alma como sacasteis á Abraham de Ur en Caldea. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Jacob de sus padecimientos. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Daniel de la caverna de los leones. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á los tres niños del horno ardiente y del poder de un rey impío. Amén.

»Y como librasteis á la bienaventurada Tecla, Virgen y Mártir, de los más atroces tormentos, dignaos librar el alma de vuestro servidor y admitirla á participar con vos de los bienes celestes. Amén.»

.....

«Socorred su alma, oh Santos de Dios; venid á su encuentro, ángeles de Dios; recibidla y presentadla al Todo poderoso... Que Cristo que os ha llamado, os reciba; y que los ángeles os introduzcan en el seno de Abraham... Recibidla. Dadle, Señor, el eterno reposo y que la perpetua luz la ilumine. Presentadla...»

Y las cofias blancas, y las pardas estameñas, y los rosarios repiqueteadores y las velas de cera y los ojos negros que leían y lloraban, iban de aquí para allá, des-